

Sección de notas

DISCURSO A LOS ESTUDIANTES DE FILOSOFIA MADRILEÑOS SOBRE «¿QUE ES FILOSOFIA?»

Queridos amigos: Debo aclararos, en primer término, que este discurso va dedicado específicamente a los alumnos de la especialidad de Filosofía, que han tenido el desconcertante gesto de invitarme a participar en este ciclo (1) sobre el tema: «¿Qué es filosofía?» Todo me asombra de esta convocatoria: desde el «apreciado profesor» que encabeza la amable carta en que me la notifican, y que se trata, diría Borges, de «una equivocación muy generosa», pues yo no soy profesor ni parece fácil que lo sea próximamente, hasta el tema mismo, tan ajeno a mis preocupaciones actuales, que sólo la vanidad satisfecha de ser invitado a hablar en vez de exhortado a callarme, como con mayor frecuencia suele ocurrirme, hace que sucumba a la tentación de dirigirme hoy a vosotros. Entre tantos profesores ilustres, de todos los niveles académicos, que se han dirigido o se van a dirigir a vosotros en este ciclo, pobre papel debe de hacer un simple escritor aficionado a divagar sobre temas especulativos, mitad por necesidad económica, mitad por incapacidad de llevar a cabo con fruto otras tareas más serias, como unas buenas oposiciones —¡lo de toda la vida, Señor!, como dice mi madre—. Aunque quizá al llamarme, convencidos de mi incompetencia, os mueva algún designio irónico, algo así como proclamar ostensivamente lo de que, puesto que el Espíritu sopla donde quiere, bien pudiera oírse en la boca del loco la palabra verdadera, no por virtud del loco, sino por necesidad misma de la palabra que, pese a todo, quiere ser dicha. En la grata misiva que me enviásteis se me informa de que se esperan de mí unas «reflexiones formales» sobre el tema propuesto, insis-

[1] Esta conferencia debía haber sido pronunciada en la Sociedad Española de Filosofía, dentro de un ciclo organizado por los estudiantes madrileños, en el que habían intervenido Gustavo Bueno, Carlos Paris y otros varios. Cuando me llegó el turno de hablar, el ciclo fue suspendido y ya no volvió a reanudarse.

tiendo en la línea inmediata en que mi aportación debe ser *formal*, para que de ella se desprendan positivas y provechosas consecuencias. A mí, la verdad, tanta insistencia en la formalidad me alarma un poco; porque, vamos a ver, ¿qué es eso de «formal» aplicado en este contexto? Si se refiere a que sería deseable que lo que voy a deciros tenga forma, podemos quedarnos tranquilos; dado que incluso la charla que sostenían con Swendenborg los ángeles por las calles de Londres parece que se sometía, según cuenta el interesado, a los formalismos del lenguaje humano, mal puede esperarse de mí, a quien ochenta kilos separan de la condición angélica, la hazaña de comunicaros lo inefable por inefables medios. Más grave sería que lo de «formal» fuese por «formalizable», pues no me sé ni la notación del ajedrez y sería incapaz de formalizaros ni la más estúpida de mis proposiciones. Tal como Valéry decía que él nunca sería novelista, pues era incapaz de escribir: «¡Sorprendente!, dijo levantándose la marquesa», yo temo estar borrado para siempre de las filas del rigor, pues nunca lograré decir, con convicción, lo de «si p, entonces q». Pero quizá lo de «formal» va como sinónimo de «serio» —otros sinónimos según María Moliner, son: cumplidor, esclavo de su deber, escrupuloso, responsable y sensato—, lo que me produciría aún mayor confusión, dado que estos calificativos, tenidos en tan alto aprecio por mis mayores y maestros (que son los vuestros), me son casi totalmente inaplicables. Teóricamente no desdeño lo formal, más bien lo aprecio grandemente, pero en la práctica sólo soy capaz, por lo común, de lo informal. Si soy un esclavo del deber —y ¿quién no lo es?—, funciono como si estuviera convencido de que mi único deber es la emancipación de la esclavitud. Y así me va, claro. Dejemos, pues, da lado las formalidades y, si me paso de la raya, vosotros disimulad.

Despachado el preámbulo, vayamos al meollo del asunto. Naturalmente, no esperaréis que yo os diga «qué es filosofía»; en primer término, porque no lo sé; en segundo, porque se me da una higa lo que sea; y, en tercero, porque hablo rodeado de conferenciantes que, con toda seguridad, no habrán tenido dificultad ni reparo en responderos a vuestra pregunta, o lo harán, si Dios no lo remedia, en las próximas semanas. De modo que, como todos hemos leído los mismos manuales y ellos, con certeza, más y mejores que yo, a su dictamen me remito. Pero no os estrepitéis demasiado por esta deserción de mis deberes de buen esclavo; estoy decidido a infligiros mi discurso y lo haré, hasta que causas de fuerza mayor me lo impidan (¡y no quisiera con estas palabras sugerirle a nadie un mal pensa-

mientol), por lo que abandonad todos los que aquí hayáis entrado cualquier esperanza de salir dentro de cinco minutos y sin mayores daños. Pero como ni puedo ni quiero hablaros de «¿qué es filosofía?», que es una bobada de la que o nadie sabe nada o todo el mundo sabe lo suficiente, debo elegir otro tema. Y el primero que se me ocurre es el de *por qué* hacéis vosotros la pregunta esa sobre qué es la filosofía, pues no deja de ser raro que personas normalmente constituidas, rodeadas de problemas agresivos y candentes, vayan a pararse en tan peregrina cuestión. De modo que, si me lo permitís, os hablaré de los móviles mismos que os llevan a preguntaros qué sea la filosofía, móviles no personales, claro, que ser persona es mucho y bien poco, sino colectivos, como gremio en que os constituís, u os constituyen, de estudiantes de filosofía. Así que el tema de mi «divertimento» será: por qué el estudiante de filosofía se pregunta «¿qué es la filosofía?». Esperemos que indagar sobre una pregunta que no sabemos contestar sea más provechoso que urdirle apresuradamente una respuesta *ad usum delphini*, que sólo satisfaga a los que nada se hayan preguntado nunca realmente.

Lo primero que salta a la vista de esta pregunta es su carácter notoriamente *profesional*: alguien puede preguntarse espontáneamente por qué no se caen las estrellas del cielo, por qué no hay justicia en el mundo y cómo sería el mundo si la hubiera, o por qué los crepúsculos son tan escandalosamente tristes; pero es evidente que sólo a fuerza de fatigar enciclopedias y de adquirir conciencia profesional se cuestiona uno sobre la filosofía, palabra técnica y poco urgente donde las haya. Ni siquiera queda el consuelo de suponer que nos hallamos ante una metapregunta, una hipóstasis del preguntar mismo o una inquisición de segundo grado que versa sobre sí misma. Nada de eso: una cosa es preguntarse, como todo adolescente que se precie ha hecho alguna vez, «¿por qué le daré yo tantas vueltas a las cosas?», o «¿por qué no me conformaré con la explicación que me han dado y que todo el mundo admite sobre esto o lo otro?», o incluso «¿no sería yo más feliz si no tuviera esta manía de preguntar sin tregua?», y algo completamente distinto, mucho más artificioso y académico, es inquirir sobre qué sea la filosofía. De modo que no cabe duda de que vosotros preguntáis esto como profesionales en la materia y no como sencilla gente de la calle, de esa que se angustia por cosas tan directas como la desdicha, el amor, la penuria o la muerte; pero no por la filosofía. No basta, pues, repetiros alguna definición del diccionario o enviaros a la página adecuada de alguna enciclopedia en fascículos: queréis más, mucho más. Habéis

mordido a fondo en la manzana de la división del trabajo y ahora, justo castigo, os acucia algo que quizá creéis una inquietud trascendente, pero que bien pudiera ser tan sólo una duda laboral.

Lo más obvio sería responderos: «Bien claro está qué es eso de la filosofía; sin duda, lo que enseñan en la Facultad de Filosofía, lo que preceptúa el vigente plan de estudios sobre esa materia, lo que hay que saber para aprobar los cursos y, más tarde, ganar una cátedra. Eso es la filosofía: ¿pues qué os habíais creído?». La filosofía es una carrera, y su verdad es el título que al final de ella se obtiene; pero vosotros parecéis querer además un respaldo para el título, la verdad del título: pues bien, la verdad del título son los cinco cursos de carrera, el esfuerzo y el sinsabor de cada examen, la alegría del siete con cinco y la tristeza del cuatro. El título es el recibo que obtiene quien ha sacrificado miles de horas y días y semanas en su esfuerzo por obtener un título, que es el recibo que obtiene... Esta figura se llama, como bien suponéis, «círculo vicioso»; de modo que vuelvo a deciros: ¿pero qué otra cosa os habíais creído? ¿De dónde esta desazón de preguntaros lo que podría aclararos cualquier bedel de vuestra Facultad? ¿Acaso no sabéis lo que queréis, no conocéis exactamente el juego a que estáis jugando y, por eso, de vez en cuando, os entran estos renuncios y os acongojan estas profesionales perplejidades? Sin embargo, bien claro está que no es esto lo que deseábais oír; nadie os apeará de que hay *algo más*, algo oculto, sabio, útil para la comunidad, que trasciende el simple diploma administrativo y la lucha por la vida que lo precede y que lo sigue. ¡Quién os habrá metido eso en la cabeza! ¡Y qué astucia la vuestra, al buscar figuras de la Academia y de la periferia de la Academia para que os digan *qué* es ese algo más, y de este modo podáis seguir adelante sin demasiadas vacilaciones! En el antiguo cantar de «Beowulf», monumento iniciático de las literaturas germánicas, se cuenta la repetida historia de un dragón que custodia un inmenso tesoro, al que el paladín dará muerte y arrebatará la riqueza; pero se añade un curioso detalle: mientras espera al héroe que ha de matarle, el dragón, presa de un azoro que lo humaniza, baja de vez en cuando a la cueva para comprobar que el tesoro sigue intacto. También a vosotros, aprendices de dragón que me escucháis, se os enseña a guardar un tesoro para que no se pierda ni se malgaste; en el largo proceso de vuestro adiestramiento, también a vosotros os asalta la sospecha de que el tesoro ha sido robado *ya*, de que se os prepara para una vigilancia inútil, para un ritual vacío o, digamos, *formal*; igual que el dragón de la antigua gesta, olvidáis que vuestra

misión no es tanto custodiar la auténtica riqueza como lograr que el héroe desista de conquistarla. Sólo el pobre imagina la riqueza como algo oculto y custodiado; sólo el dragón cree que su misión es impedir el latrocinio, cuando en verdad todo indica que sólo sirve para perpetuar la miseria. Lo que haya en la cueva tenebrosa, por rico que sea, de nada aprovechará al dragón, demasiado atareado en prevenir el hurto como para poder disfrutar lo que fue hecho para ser despilfarrado; sólo el imprevisible paladín está destinado a conquistar la más preciada joya y a *usarla*: quizá ésta resulte ser una cantarina espada para continuar matando dragones. En vano bajáis de vez en cuando a comprobar si hay «filosofía» tras el título de «profesor de filosofía» que vais a ganaros, pues la filosofía está en vuestro mismo título, pero como atributo del profesor: no es riqueza para que os la gastéis, sino para que la defendáis, es decir, que para vosotros no es riqueza en absoluto.

Imaginemos ahora que Beowulf, antes de presentar combate al dragón, se entretuviese en intentar averiguar la naturaleza del tesoro que la bestia empece, estudiando el comportamiento de ésta. Es decir, que podemos preguntarnos *cómo* es ese tesoro (la filosofía) cuestionando lo preceptuado por oficio al titulado monstruo que le sirve de guardián. Así quizá vislumbremos una respuesta a la pregunta que me planteábais y averigüemos cuál es la filosofía que se reputa que debéis conocer y practicar. ¿Necesito deciros que lo que debemos descubrir estudiando al dragón no son otra cosa que esas normas para que la filosofía no sea suprimida de la enseñanza —o marginada, al menos—, satisfaciendo, empero, a quien pretende avanzar por el seguro camino de la ciencia y el progreso? Pues vamos a ello.

Lo primero que puede señalarse es que el tesoro es *afirmativo*: ¡bueno estaría que el Estado pagase a sus dragones para que cuestionasen su fundamento mismo! No, al dragón se le adiestra para que establezca lo firme y constructivo, es decir, para que impida por todos los medios el acceso a esas negras partes subversivas que *quizá* el tesoro contiene. Hay partes del tesoro que están guardadas, pero otras están prisioneras. El dragón es, por oficio, edificante y moderadamente optimista, tanto si le da por la tradición como si se envicia con el progresismo. Critica, sí, pero desde unos principios que sueñan ya con establecerse: ¡qué tranquilizador debe ser para el orden oír a sus supuestos enemigos decir: «¡ya veréis cuando lleguen los nuestros!»». Los dragones se ponen al día, pero siguen afirmando. Si el tesoro fuese, en su parte más honda, negación y abismo; si su última

voz no sirviese de bandera para los pobres ni de justificación para los ricos; si no sirviera para ocupar provechosamente el pensamiento, sino para arriesgarlo, y no ampliase gratamente los márgenes de la razón, sino que se expusiese a perderla; si quien se vistiera con las galas del tesoro no fuese respetable o admirado por sus conciudadanos, sino reprobado, causa de espanto o de desprecio, reo de muerte... ¿qué poder de este mundo se dedicaría, ¡ay!, a alimentar al dragón, o quién se arriesgaría a ser guardián de tesoro tan ominoso?

En segundo lugar, el tesoro debe ser transmisible. Ya que el tesoro no puede ser derrochado libremente ni puesto en todas las manos, lo más importante de esa riqueza oculta son sus llaves. Lo que el dragón aprende es a manejar las llaves; son las llaves lo que se pasan unos dragones a otros, como símbolo de su cargo. Es de sobra sabido que los ingenieros enseñan a ser ingeniero, los buzos a bucear y los verdugos a liquidar al prójimo, pero los profesores de filosofía no enseñan a ser filósofo, sino profesor de filosofía, es decir, los dragones enseñan a ser dragón, pero no a ser el héroe que un día quizá venga a gozar de la acumulada riqueza. Si se me dice: «¡pero es que ser filósofo es no ser nada!», responderé que esa es precisamente la gracia, que la filosofía parece resistirse a ser encuadrada en la división del trabajo y en las exigencias de la productividad. En cualquier caso, esas llaves se convierten en el centro de las preocupaciones del aprendiz de dragón. Lo que se estudian son, cada vez más, *las reglas de transmisibilidad* del saber, y no el saber mismo. Lo importante no es la sabiduría, sino que lo sabido sea objetivable en manuales de cátedra, preguntable en exámenes, explicable según la ordenada elaboración de un temario. El tesoro académico es escolástico por necesidad, aunque nada tenga que ver con las opiniones tomistas; «la escolástica» es una determinación formal, indiferente a los contenidos (en cierta medida, al menos): hoy, por ejemplo, la epistemología es la escolástica por excelencia, lo *perfectamente transmisible* que la Academia busca. Pronto sólo se explicarán en clase de filosofía reglas para hacer explicable lo que la lección del día manda explicar. Los problemas que la metodología vigente no sabe formular son inmediatamente remitidos a la tranquila instancia de lo inexistente; si uno amanece un poco místico o empeñado en comunicar lo intransmisible, se acabaron las clases y empieza el recreo. En el fondo de esta avidez por lo objetivable late el temor a que se plantee radicalmente este dilema: o la filosofía es algo tan sencillo que todo el mundo puede practicarla —usted también podrá gozar de

ella—, en cuyo caso sobran los profesores, o es algo tan único y personal que sólo unos pocos privilegiados pueden ejercerla, luego también sobran los profesores. De lo que se trata a toda costa es de mantenerla lo suficientemente baja como para no desanimar a los alumnos a matricularse en las facultades, y lo suficientemente elevada y misteriosa como para justificar el sueldo de los profesores que ejercen en ellas. El gremio de los dragones se protege como puede tanto de un exceso de buscadores de tesoros como de la temible amenaza de que ya sea inimaginable hasta el deseo de buscar el tesoro y esto acabe con sus empleos.

En tercer lugar, el tesoro debe ser *acumulativo*: no estará dado de una vez por todas, sino que será perfectible y aumentable. En caso contrario, los profesores de filosofía se encontrarían en la situación imaginada y vivida por el único hegeliano ortodoxo de este siglo, Alexandre Kojève: poseedores de la Ciencia completa, perfecta y total (comprendida, como se sabe, en la «Fenomenología del espíritu» y en la «Ciencia de la lógica»), sólo les quedaría repetirla y ayudar a leer el libro a sus alumnos. Pero esta postura, académicamente intachable, generaría un peligroso hastío que despoblaría las aulas y haría que cada cual se comprase su ejemplar del Libro de la Sabiduría (que comprendería las dos obras antes mencionadas de Hegel), lo pusiese en un estante de su biblioteca y se dedicase a otra cosa. El mismo Kojève predicó con el ejemplo y se dedicó a las finanzas, redactando las cláusulas aduaneras del larvariamente hegeliano Mercado Común Europeo. Alcanzar de modo definitivo la verdad, como puede verse, sería una alarmante perspectiva para los profesores de filosofía, que viven más bien de lo aproximativo y perfeccionable. Desde este punto de vista, es preferible mantener abierta la posibilidad de mejoras, adelantos, etc. Eso del progreso es *muy importante*: ya el inefable Popper señalaba como distinción fundamental entre las ciencias y las artes que las unas adelantan *quesunabarbaridad* y las otras no. En filosofía no falta quien se crea lo del progreso: para unos llega hasta Santo Tomás, para otros hasta Ortega, y los más optimistas creen que es ininterrumpido y sostienen con demencial alegría que Gilbert Ryle es un avance respecto a Platón o que «hay más sabiduría en una página de Carnap, Russell o Einstein que en toda la tradición metafísica». Los avances de la filosofía se deben, por un lado, a su afiliación al carro triunfador de la ciencia y, por otro, a las mejoras introducidas por los profesores de filosofía en los sistemas de Spinoza, Kant, Hegel, etc., mejoras expuestas en los manuales de cátedra y en su artículo anual en una revista de la espe-

cialidad. Y así poco a poco nos vamos acercando, no se sabe muy bien a dónde, pero nos vamos acercando... ¡Esperemos que no haya ningún imprevisible retroceso y nos plantemos sin comerlo ni beberlo en el siglo sexto antes de Cristo! Esta vocación acumulativa tiene su mejor exponente en las tesis doctorales, que vienen a llenar un hueco dejado por alguna tesis anterior y que dejan el suficiente hueco como para que no falte tema al alevín de dragón siguiente.

El tesoro filosófico es, pues, afirmativo, transmisible y acumulativo. Dragoncitos azorados, que habéis querido descender a la cueva para ver si el tesoro aún seguía allí, podéis estar tranquilos: ahí lo tenéis. Presiento en vosotros, sin embargo, cierta decepción por el sesgo que ha tomado mi charla: no sólo no he sido formal, sino tampoco afirmativo, transmisible y acumulativo, tal cual son los rasgos distintivos que yo mismo os he señalado como propios de la filosofía. No he sido, pues, filosófico, como casi nunca lo soy en el sentido que los dragones suelen dar a esa palabra. Pero me gustaría aclararos cuál creo que ha sido mi papel en este ciclo y para ello, como si fuérais Margarita, os voy a contar un cuento. Se trata de una historia de la tradición yásidica, que cuenta Walter Benjamín, a quien, por cierto, tampoco le fue muy bien en sus aspiraciones a ser dragón, pues se le rechazó su tesis «Sobre los orígenes del drama alemán» por poco científica; cabe preguntarse cuáles serían las memorables aportaciones científicas de los que le juzgaron que hoy nos hagan apartar un minuto la vista de las *Iluminaciones*. Esta es la historia: cierta noche, al final del Sabat, un grupo de judíos estaban sentados en una choza, junto al fuego; tras haber fatigado diversos temas de charla, alguien preguntó cuál hubiera sido el deseo que, si ahora se les concediese tal don, quisieran ver cumplido; uno pretendía dinero, otro aspiraba a una nueva mujer o a un carro mejor; había uno, de aspecto particularmente harapiento, que callaba; al fin, instado a ello, habló: «Quisiera —dijo— ser el rey de un país poderoso, rico en tierras y en ganados, y que una noche, mientras dormía en mi palacio, los enemigos transgredieran mis fronteras y todo lo arrasasen a sangre y fuego, y yo me viera despertado por el fragor de la batalla y debiese arrancarme a la grata molicie de mi dormitorio y a los brazos cálidos de mi concubina, y huir por un pasaje secreto, en camisa, sin tiempo ni siquiera para revestir mis regias vestimentas, y escapase a uña de caballo, perseguido por los inexorables gritos de quienes querían matarme, entre las sombras perturbadoras de la noche, hasta que mi caballo muriese de fatiga y me viese obligado a proseguir a pie, desgarrado por las zarzas y con los pies sangrantes, hasta

haber divisado este fuego y estar ahora aquí, junto a vosotros»; hubo un silencio y alguien pregunto: «¿Y qué hubieras obtenido con eso, amigo?»; a lo que el otro repuso: «Una camisa.» Del mismo modo, en el concierto de deseos que habéis escuchado y escucharéis sobre qué debe ser la filosofía —«¡que sea científica!», «¡que sea reconstituyente!», «¡que sea comprometida!»...—, yo sólo he querido contaros la historia de un despojamiento vivido como el cumplimiento de un deseo, del que sólo queda un poco de ropa ajada y algo así como una resignada nostalgia.

Por simple terrorismo intelectual, que tantas veces se me ha reprochado y del que no puedo despojarme, os he hablado como si estuvierais en el fondo de un pozo y yo os mirara desde el brocal. Debéis perdonarme por ello: en verdad, estoy exactamente al mismo nivel en que vosotros os debatís, y si he adoptado durante un rato el rostro de vuestra miseria es porque sois, sin lugar a dudas, el espejo de la mía. Educado para dragón, como vosotros, ni soy ni imagino al héroe que liberará la riqueza enterrada. Pero como sois muchos, como todo el mundo, y ansío desmentirme y desmentiros, no me parece superfluo, entre tantos vendedores de ilusiones, regalaros un poco de desengaño. La filosofía académica es afirmativa, trasmisible y acumulativa, tanto si habla de Marx como de Roberto Alcázar y Pedrín; su voz es un canto a la mayor gloria y necesidad del Estado, una reverencia al inexorable poder del Señor. Pero como la contradicción existe todavía, como la omnipotencia del dominio aún no es un hecho indudable, frente a todo discurso cerrado y apologético siempre hay alguien que, en sus labios, si se atreve, o en lo más íntimo de su corazón, murmura *non serviam!* Por eso seguimos deambulando por los escombros de las escuelas de sabiduría y cumplimos todos los ritos que se nos preceptúan, pero poniendo en cada uno un estremecimiento de incertidumbre, un subversivo grano de decepción. Cada uno somos el dragón y el tesoro, pero quizá también el paladín de ferviente espada que ha de liberarnos del hechizo y permitirnos disfrutar a manos llenas la riqueza escondida.

No me atrevo a acabar sin daros esa moraleja positiva que me solicitabais veladamente en vuestra carta. Quisiera regalaros, como despedida, un método infalible para descubrir a los verdaderos dragones, a los dragones de vocación, a los que no cumplen su función de guardianes por simple necesidad de ganarse los garbanzos, sino que ascienden su oficio a razón de ser. Hay un distintivo inequívoco para reconocerles, aunque vayan disfrazados de Caperucita Roja o de

Che Guevara; consiste en preguntarles qué les parece más verdad-verdad, más verdad de la buena: el Tarot o Einstein, Spinoza o Freud, la cosmogonía de Bruno o la de Gramsci, la teología de Newton o su física, Husserl o Stevenson, la bioquímica o los ritos de purificación en los bororo. Veréis con qué facilidad y decisión *eligen*; lo mismo da que elijan una cosa u otra, pero elegirán. Los dragones siempre eligen, no tienen más remedio: para ellos siempre hay una interpretación privilegiada, un discurso al que se reducen los otros, un método en el que *hay que* confiar, un punto de vista que reduce los demás a la divagación, la banalidad o el pasatiempo. Condescenderá paternalistamente a tolerar otras doctrinas, pero desde la que es Cierta con mayúscula, la única en la que caben el progreso y la salvación, a la que hay que volver en los momentos de seriedad, después de los retozos de la vacación dominguera. Son incapaces de admitir que toda verdad es fragmentaria—o mejor, como decía Nietzsche, que las verdades del hombre son sus errores irrefutables—y que todo se puede contar de muchas maneras. En una palabra, los dragones son ferozmente monoteístas y no pueden cantar la gloria más que de su único Señor. Pero puede que la verdadera riqueza, el auténtico y censurado tesoro de la filosofía sea conservar viva la memoria de los dioses muchos, de la pluralidad de los mitos; puede que el pensamiento, tras haberse esforzado por reducir la variedad de las voces a la monolítica unidad del *logos*, encuentre de nuevo su tarea liberalizadora en salvar a la subjetividad del dogma sistemático y recuperar la infinita dispersión de las historias que narran el camino de la soledad al misterio y del misterio, quizá, a la comunidad.—FERNANDO SAVATER (*General Pardiñas*, 71. MADRID).

ALEIXANDRE: SUS «DIALOGOS DEL CONOCIMIENTO» *

Vicente Aleixandre, en plena labor de creación, agrega una nueva faceta a su ingente obra. Aquella ascensión hacia la luz, según se ha definido muchas veces su quehacer poético, adquiere ahora un sentido no óptico, como presentó en momentos de radiante luminosidad expresiva; no comunicativo, como en sus poemas más solidarios, sino *sabio* o con luz de conocimiento.

Sus *Diálogos* discurren sobre un abismo: la conciencia humana del existir y de su consumación. Porque, en efecto, estos poemas son

* Plaza y Janés. Barcelona, 1974.